

Roberto Escudero

## **El movimiento estudiantil: pasado y presente**

---

El movimiento estudiantil-popular de 1968 pone el punto final a un periodo en México: el del relativo equilibrio de la lucha de clases. En efecto, desde la huelga ferrocarrilera que estallara diez años atrás, ningún acontecimiento había alterado en lo fundamental la "paz social" en que el Estado mexicano había logrado mantener el país.

Además, el movimiento del 68 expresa otro hecho de primera importancia: la fractura del bloque dominante. La pequeña burguesía y las llamadas clases medias rompen con el grupo político hegemónico. En este sentido, es preciso destacar un antecedente inmediato, el de la huelga de los médicos de 1965.

Un estudio económico, aunque sea superficial, demostraría cómo la pequeña burguesía y las clases medias se habían venido depauperando progresivamente debido, entre otras cosas, a la concentración monopolista del capital en el país que, iniciada con el gobierno de Manuel Ávila Camacho, se intensifica y cobra el carácter de tendencia histórica de la acumulación del capital que hasta nuestros días vivimos. Es pues a partir de las condiciones materiales de existencia de estas clases como podemos explicarnos el origen de su rebeldía social y política, aunque ésta cobre, una vez surgida, una dinámica y un ritmo propios. La política tiene y siempre ha tenido su propia autonomía.

En lo que se refiere al Estado, en 1968 pudo comprobarse hasta qué punto, dirigido con métodos profundamente burocráticos, se hallaba en una situación tal de deterioro que en ese año hizo crisis. Desde esta perspectiva, no fueron la torpeza y la actitud criminal de Díaz Ordaz (aunque por supuesto las hubo) la causa principal de la incapacidad manifiesta del régimen para tratar política y flexiblemente el problema. En realidad, se lo prohibía la propia estructura autoritaria del aparato de poder y el carácter masivo y excéntrico del movimiento, que enfrentó al gobierno con fuerzas sociales nuevas y poco o nada insertas en los mecanismos tradicionales de control.\*

---

\* Véase "La crisis del movimiento estudiantil mexicano", GAP, México, 1971, mimeo, y *Punto Crítico*, n. 5 y 55.

El movimiento surgía, desde el punto de vista del gobierno, como un movimiento marginal. Este carácter no integrado del movimiento, de oposición radical, tropezó de inmediato con la conducta burocrática del régimen, con el principio de autoridad que la orienta y con el centralismo consustancial a sus estructuras políticas. Esta política autoritaria corresponde al modo como se dio la acumulación del capital en México, al sentido específico de su desarrollo capitalista, proceso que exigía y logró congelar la lucha de clases y otorgaba al Estado un peso definitivo en la dirección de la vida económica, peso que, por otra parte, es sabido, tiende a tener todo Estado de países dependientes, debido a la debilidad y el poco desarrollo de sus clases sociales. Sin embargo, en México, por razones históricas que rebasan los límites del presente trabajo, la fortaleza, y sobre todo la continuidad del Estado, han sido mayores que en el resto de América Latina.

Para cumplir con la misión histórica de dirigir la vida económica del país, el Estado ha tenido que hacerse cada vez más centralista aun cuando esta tendencia lo haga cada vez más rígido, y por tanto más vulnerable, desde este punto de vista, a los movimientos de impugnación, incluso aquellos cuyas demandas no trascienden formalmente los límites del sistema.

Esta estructura de poder ha combinado, por una parte, la violencia contra las masas cuando la amenaza la lucha de clases que éstas ejercen, y por otra parte, la práctica de una política populista que realiza concesiones, sobre todo a sectores cuya elitización o elevación de su nivel de vida son pieza clave para neutralizar esta misma lucha de clases.

La violencia y las concesiones determinaban en México una despolitización generalizada. Ésta es la política estatal que entró durante 1968 en una fase de aguda descomposición. Sus elementos y los elementos que precipitaron la crisis son inseparables:

- 1] Presión popular contra el despotismo.
- 2] Transformación profunda de las relaciones de producción, coincidente estratégicamente con el fin del periodo del proceso de sustitución de importaciones, periodo que requería proteccionismo en la economía y control dictatorial sobre toda la fuerza de trabajo.
- 3] Aparición, a nivel de la gran empresa, de una nueva racionalidad capitalista, en función de los desarrollos de las fuerzas productivas y en vinculación estrecha con las modalidades integradoras del capital monopolista transnacional, coincidente con una pérdida gradual de la importancia económica y social de las empresas ineficientes. México comienza así su "modernización".
- 4] La aparición de una oposición muy radical, proveniente de los sectores medios, tiene su origen en la cancelación paulatina o súbita de su importancia social y política dentro del bloque

dominante, determinada por su creciente y necesaria proletarización, lo que arriba hemos llamado sus condiciones materiales de existencia. Pero en términos políticos, esta refuncionalización del papel de las llamadas clases medias implica la ruptura del pacto entre ellas y los sectores económicos y políticos más elevados y hegemónicos que participaban del poder. El año de 68 mostró, con claridad, que el poder real está en manos de una oligarquía que vincula el poder económico de las grandes empresas al poder político de la alta burocracia política sustentado en la propiedad estatal. 1968 mostró que las clases medias, roto el pacto con la oligarquía, han sido desalojadas de sus posiciones de poder.

El movimiento de 1968 no pudo ir más allá debido a que la clase obrera pudo ser aislada de las acciones estudiantiles, dada su propia debilidad política, derivada del estricto control y aherrojamiento de la fuerza de trabajo de los que se habla más arriba, además de que carecía de su estricto organismo de vanguardia, del partido que representara sus intereses. Estas circunstancias permitieron al régimen superar la crisis mediante la represión. No hubo, bajo tales condiciones, continuidad real en la lucha. La resistencia estudiantil pudo ser combatida violentamente y aislada políticamente.

A partir de la sangrienta represión del 2 de octubre, fecha real del fin del movimiento como movimiento de masas, dos tácticas prosperan paulatinamente en el movimiento estudiantil. Una es la de la lucha armada, otra es justamente la de la salida al encuentro de esas masas, una vez más, pero con mayor experiencia y conciencia. En el primer caso, hay que distinguir las acciones de respuesta ("toda vía democrática está cerrada, ya no se puede hacer nada sino tomar las armas"), de origen y desarrollo urbano, y las que corresponden a una concepción estratégica que nace incluso antes de 1968: la que asigna al campesinado un papel predominante. En el segundo caso, el del encuentro con las masas, se halla la decisión consciente de conseguir la ya famosa "alianza obrero-estudiantil" y de levantar a un nivel cualitativamente superior al movimiento estudiantil.

Pero hay algo muy importante que destacar a propósito del encuentro del estudiante con las masas. ¿Cómo se dio prácticamente este encuentro, a través de todo el 68? Se dio a través de un modo de organización que los estudiantes encontraron espontáneamente por sí mismos: *la brigada*. Es allí donde a nuestro juicio se encuentra y concentra la gran fuerza política del movimiento, es el eje a partir del cual encuentra su vitalidad. Pequeños grupos de muchachos salen a la calle y explican en cualquier parte las demandas, que en realidad se concentraban en una sola: *libertades democráticas* para un pueblo que siempre las ha tenido conculcadas.

Sin embargo, su labor fue hasta cierto punto desorganizada. Espontáneamente, el movimiento se dirigía "al pueblo". Para la conciencia política del movimiento estudiantil, el pueblo no aparece aún claramente dividido en clases, sino que es "la comunidad de los oprimidos". Se trata, en todo caso, del antagonismo entre la mayoría absoluta de la población y un puñado de explotadores. Las consignas fundamentales del 68 no rebasan los límites de esta concepción democrática, aunque se dan cambios en el modo de presentarlas. Del ¡únete pueblo! al ¡unámonos al pueblo! que le sigue hay una clara evolución: el movimiento estudiantil ha reflexionado acerca de su propia situación social y comprende que por sí mismo no puede alterar a su favor la correlación de fuerzas. Justamente el prodigioso trabajo de las brigadas marca el momento culminante de este proceso.

Desde nuestro punto de vista, el Consejo Nacional de Huelga, máximo organismo del movimiento, más que jugar un papel dirigente, aunque de algún modo lo tenía en ocasiones, jugó más bien el papel de un organizador que hábilmente sabía cuándo y cómo, por ejemplo, hacer una manifestación para así responder o detener una ofensiva gubernamental. Es decir, era evidentemente un organismo con una gran fuerza política que contaba, además, con un gran crédito moral entre los estudiantes. Sus decisiones eran de inmediato acatadas, pero no daba orientación política, es decir, no dirigía en el sentido propio de la palabra.

De la parte de enfrente, la minoría, el gobierno cuenta con el poder real y puede quebrar de golpe, mediante la represión, el trabajo de los activistas. Sin los estudiantes como motor, el pueblo desorganizado también se repliega y abandona la calle. Podría hacerse una analogía entre la situación que enfrenta el movimiento estudiantil y la que enfrenta en el medio rural el foco guerrillero. Si éste es fuerte, el pueblo, el campesino lo sigue, lo ayuda y prácticamente se funde con él. Si es débil, teme comprometerse y no actúa. Eso explica, en parte, que no ocurra nada después de la represión.

El pueblo, como siempre, está desorganizado, pero de todas maneras, ya se ha dado la primera respuesta estudiantil que consiste en "ir al pueblo", buscándolo justo ahí donde vive su miseria: el barrio, la colonia proletaria, el mundo marginal. Éstos serán el nuevo laboratorio político donde los estudiantes activistas templarán sus fuerzas. Sin embargo, hay que repetirlo, el pueblo de los barrios, en esta etapa proceso revolucionario, no es algo definido: es masa y no clase.

De todas maneras, el gobierno no da una respuesta política al movimiento, sino que lo reprime hasta el delirio patológico del 2 de octubre. De ahí en adelante, y siempre bajo condiciones de muy severa represión, el trabajo político se desarrolla clandestinamente. Muchos grupos se orientan

hacia la lucha armada (no es el momento de analizar el fenómeno de la guerrilla, que en el caso de México, y en lo que se refiere a la urbana, nos parece una alternativa equivocada): es la respuesta que el gobierno provoca con la represión de que hace objeto al movimiento.

Por otra parte, la represión canceló la posibilidad de influir desde fuera en la clase obrera. El charrismo se mostró extraordinariamente sensible al movimiento estudiantil y apretó sus filas, dispuesto a utilizar, también él, métodos violentos para combatirlo. Por su parte, el movimiento no pudo hallar una vía eficaz para quebrantar la inmovilidad obrera.

Entre el movimiento dueño de la calle (prácticamente dueño de la ciudad durante todo agosto y parte de septiembre) y el pueblo no existe ninguna barrera infranqueable. Pero entre ese mismo movimiento y la clase obrera existe la barrera de los charros. Los agitadores estudiantiles no pueden penetrar en las fábricas y deben conformarse con la influencia indirecta que sobre la conciencia obrera ejercen su acción y el trabajo de barrio, que adquiere así un nuevo objetivo. Durante 1968, es cierto, las cosas comenzaban a cambiar y podían advertirse los primeros signos de reanimación proletaria. El ejército modificó radicalmente la situación; al impedir a sangre y fuego la movilización estudiantil, también impidió que ella derribara las puertas de las fábricas.

El ejército probó su importancia estratégica en la defensa de la estabilidad política cuando el régimen civil resulta incapaz para contener al movimiento popular. De todos modos, es el régimen civil el que llama al ejército. El civilismo en México se salva pagando un costo político, incapaz por sí mismo de enfrentar al movimiento y dando además al ejército la conciencia de su importancia estratégica y virtualmente política.

Por otra parte, esta irrupción de las fuerzas armadas en la vida social urbana creó una nueva realidad política para los militantes más activos: ante sus ojos se puso en evidencia que solamente una línea que tomara en serio el papel del ejército podía, en rigor, darse el título de revolucionaria. Pero de este reconocimiento se extrajeron entre los "acelerados" diversas conclusiones de "izquierda" y de "derecha".

Hubo quienes, convencidos de que toda posibilidad de lucha legal o semilegal había sido cancelada, se dieron a la tarea de organizar directamente la lucha armada. Otros más simple y llanamente se opusieron a toda política de masas, a la que acusaron de oportunista. El razonamiento extremo es sencillo: "No hay condiciones para salir a la calle, si salimos nos reprimen. Para evitarlo hay que ir armados o no hacer movilizaciones." Otros más razonan así: "es cierto que nos reprimen pero eso no importa, pues toda lucha arroja un saldo de mártires que son necesarios para educar a

las masas y desenmascarar al gobierno".

En todos los casos, la represión es el único índice que sirve para medir la situación y determinar la táctica. Todo este panorama revela algo más: el movimiento estudiantil, sin organizaciones definidas, sin una dirección segura, no pudo seguir luchando en las condiciones de ilegalidad a que fue sometido, o al menos no pudo seguir luchando como antes, es decir, sobre la base de una amplia movilización.

La represión extrema impide a los estudiantes, desde 1968, volver a "ganar la calle" y realizar grandes manifestaciones en las que ellos estén a la cabeza. Cuando un solo día lo volvieron a hacer, otra matanza los detuvo, ello de junio de 1971. Había cambiado el presidente, pero no los métodos. La violencia extrema es una constante de los gobiernos y del Estado mexicano, esto es algo de lo que la izquierda debe extraer conclusiones.

Se debe recordar que a partir del movimiento ferrocarrilero de 1958-59, no hay un solo movimiento independiente que no haya sido destruido por la represión.

En todo caso, hay algo que a nuestro juicio debe quedar bien claro: el movimiento estudiantil de 1968 no sufrió ni una derrota política ni una derrota militar. El movimiento no sufrió ninguna derrota política: el gobierno jamás intentó enfrentarlo políticamente de manera seria y responsable. El movimiento no sufrió ninguna derrota militar por que las derrotas y victorias militares se dan, por definición, entre ejércitos enemigos, y es obvio que el movimiento no era, ni se propuso ser, un destacamento armado. Simplemente el movimiento fue desarticulado por una escalada represiva que culminó con la aparición del ejército. En todo caso, si se quiere, un movimiento popular y democrático, desarmado, fue derrotado por la fuerza de las armas.

Después, la represión, la ausencia de alternativas políticamente claras y organizativamente eficaces, crean el clima propicio para que muchos estudiantes caigan bajo la influencia negativa del jipismo y otras corrientes individualistas y, en definitiva, desmoralizantes, que hacen de las drogas y su consumo un culto verdadero. El movimiento estudiantil entra en una etapa de franca descomposición. Además, aun los estudiantes que no han caído bajo esta influencia, y que han continuado haciendo política, no han encontrado las formas organizativas ni operativas que les permitan ejercer actividades eficaces permanentes.

Pongamos un ejemplo, el de la extendida consigna de la alianza obrero-estudiantil.

De ella se ha hablado mucho, lo mismo entre los estudiantes como entre los dirigentes sindicales. Pero, en realidad, ¿se alude a lo mismo? ¿Quieren decir lo mismo los grupúsculos

políticos, los cuadros estudiantiles o los dirigentes sindicales?

Nos parece, antes de precisar el significado de esta alianza, que es absolutamente imprescindible precisar que la alianza no obstante algunos contactos efímeros, es todavía hoy una posibilidad hipotética cuya realización depende, en última instancia, del significado concreto que logremos darle. Es fácil advertir que los criterios diferentes solamente indican que el problema no está resuelto ni mucho menos.

Los estudiantes del 68 también plantearon la alianza obrero-estudiantil. Mejor dicho, hacia el fin del movimiento es cuando comprenden con más o menos claridad que sólo con sus fuerzas, a partir de su condición de estudiantes, ellos pueden servir como catalizador de ciertas luchas populares pero no cuentan con la fuerza social capaz de inclinar la balanza a su favor. De este hecho se extrajo una gran lección: sin la clase obrera es imposible avanzar en un sentido plenamente revolucionario. Más aún, los límites y los alcances del movimiento estudiantil sólo pueden precisarse en relación con el nivel político del propio movimiento obrero. Hablemos de un ejemplo diferente. Mayo de 68 en París y los sucesos posteriores muestran el carácter actual de la revolución socialista y el papel dirigente del proletariado. Esta posibilidad estaba inscrita en la dinámica de los hechos, 10 millones de huelguistas, de los cuales, aunque no se sabe en qué proporción, una gran cantidad eran obreros. Si esta posibilidad no se hizo realidad, se debió, entre otras cosas, a la debilidad estratégica del Partido Comunista Francés, y no a la falta de capacidad combativa del proletariado.

Volvamos a México. Durante 1968, el movimiento estudiantil había logrado atraer a algunas capas de obreros. Pero, como ya observamos, era evidente la imposibilidad de traspasar los muros de las fábricas y los prejuicios ideológicos de los trabajadores sometidos por decenas de años al control estatal y a la propaganda que prácticamente todos los aparatos ideológicos han ejercido sobre ellos. No hay duda que si el movimiento de 68, con su extraordinaria movilización, principió a conmover la conciencia de los obreros, lo cierto es que no pudo establecer una alianza en firme, ni siquiera con los trabajadores de la educación. El 68 mostró que el movimiento obrero, en esta etapa, se movía con una lógica distinta a la lógica que impulsaba al movimiento estudiantil. No sólo porque sobre el movimiento obrero pesa la carga del charrismo, sino porque los estudiantes no tenían tampoco una idea muy clara del modo como la clase obrera debía y podía integrarse en su lucha. Esta falta de claridad en parte estaba determinada por la ausencia de comprensión en cuanto a los fines mismos del movimiento estudiantil y sus relaciones con otras fuerzas políticas y con el

conjunto de la situación.

Posteriormente a 1968, el movimiento estudiantil no pone el acento en el trabajo de organización de la clase obrera sino en la dirección de sus luchas. No entiende que, en ningún caso, la alianza obrero-estudiantil debe sujetarse a la hegemonía de la segunda parte del binomio, no comprende la rigurosa e inapelable concepción de Marx respecto al problema: "la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos". Al contrario, el sujeto consciente, en esta alianza, siempre resultan ser los grupos estudiantiles "superpolitizados". El proletariado es el objeto sobre el cual se ideologiza. Para estos grupos, la clase obrera es pura disponibilidad revolucionaria, sin comprender que dicha disponibilidad sólo existe inserta en la historia, en las estructuras y en las organizaciones políticas y sindicales y ante las perspectivas estratégicas, etcétera.

Hundidos en el populismo, o en las abstracciones ideológicas, los estudiantes que trabajan en el seno de la clase obrera, aislados orgánicamente de otras fuerzas políticas, son elementos definitivamente extraños. Carentes de una línea definida, los activistas que entregan sus mejores energías a dirigir las luchas obreras reproducen en la práctica individual o de grupo las características que son propias del movimiento, socialmente considerado: "aceleran" o hacen o pretenden hacer "detonar" los conflictos, confiados en que la lógica espontánea de los acontecimientos terminará por crear la situación revolucionaria, y con ella el "derrumbe" del Estado.

En el pasado inmediato se ha visto, a veces dramáticamente, que la integración del movimiento estudiantil no puede consistir en el encuentro casi casual de los militantes estudiantiles con los conflictos obreros. De hecho, el tempo, la lógica misma de la acción obrera contradice los métodos generalmente aceptados por el movimiento estudiantil. Los obreros, es obvio, no son estudiantes, no sienten ni viven como estudiantes, por eso tampoco luchan como los estudiantes. No pueden celebrar asambleas, ni la discusión política les está permitida. Por eso no tienen todo el tiempo que los estudiantes dedican al debate político, doctrinario e ideológico. Políticamente están reprimidos y económicamente sufren de manera directa la explotación capitalista: eso los define. Su acción tiene una lógica, una dinámica muy distinta aun cuando se trate de acciones limitadas, puesto que toda acción obrera exige una cierta y específica organización, un plan, un análisis detallado de la situación concreta. Cada huelga, por mínimas que sean las demandas de los huelguistas, supone un grado más o menos alto de organización y de cohesión, una dirección reconocida por todos los participantes. La huelga compromete directamente al conjunto de los trabajadores, incluso a los que



están subjetivamente más predispuestos contra ella, pues se trata de un acto que afecta directamente la vida de cada obrero, sea cual fuere su comprensión de los objetivos finales de ese movimiento o su resultado último. Por eso un error, en el movimiento obrero, cuesta generalmente muy caro. Más allá de la huelga simplemente reivindicativa, la política de la organización de vanguardia, del partido de los obreros, es una fuerza material, es la fuerza que cambia la historia.

Por eso, la consigna de "ir a la clase obrera", puesta en circulación como una alternativa para el movimiento estudiantil, ante la evidencia, o el supuesto, de que el periodo de las grandes manifestaciones había llegado a su fin, enarbolada como un recurso para mantener en actividad a los militantes de base, sin que de verdad se esté actuando conforme a un plan consciente, determinado objetivamente por un análisis de la real situación, no podía sino precipitar hacia un callejón sin salida a los grupos que a partir de 1969 la extendieron entre los estudiantes.

El movimiento, que en 1968 había fustigado la corrupción de la clase dominante y el aparato político, se transmutó en otro movimiento que lejos de heredarlo lo desconocía, y que toleraba en su seno una y mil prácticas viciadas que iban desde el robo hasta la coacción física como método para resolver "discrepancias" ideológicas. Se imitaban pues los métodos del enemigo. La represión, la ausencia de claras directivas y la falta de vínculos reales con las masas propiciaron el surgimiento de tendencias ultraizquierdistas y, junto a ellas, toda clase de aventureros y provocadores a sueldo. Quizá los casos más evidentes y dramáticos sean el de los "enfermos" de Sinaloa, quienes en 1974 mataron amansalva al estudiante Carlos Guevara Reynaga, y el del profesor Alfonso Peralta, a quien un "ultraizquierdista" asesinó a quemarropa, en 1976, en el Colegio de Ciencias y Humanidades, plantel Azcapotzalco.

En el caso de este otro "movimiento", el temor a aislarse de la base carece de todo fundamento, pues supone que son las bases, precisamente, las que sostienen la necesidad de dicha política, lo cual es una falsa premisa, puesto que es, por el contrario, la propia conducta del sector de ultraizquierda y la acción sistemática de los provocadores, que objetivamente coincide con la del gobierno, la causa principal del inmovilismo de las bases.

Objetivamente, la provocación tuvo una doble finalidad: 1] quebrantar al movimiento estudiantil como fuerza de impugnación global, reduciendo al absurdo sus planteamientos y liquidando la influencia de la izquierda, y 2] limpiar el terreno para una reforma educativa de mano dura.

La proclamada reforma educativa de Luis Echeverría se quedó en un nivel muy declarativo. Fuera del aumento del subsidio a las universidades, particularmente a aquellas que se mostraron

más dóciles a su política, se podría reducir a afirmar que las universidades debían adecuarse al ritmo del "desarrollo" económico mexicano. Por otro lado, ante esta proclamada reforma educativa, el movimiento en su conjunto fue incapaz de oponer una alternativa práctica. La lucha contra la reforma burguesa circunscribió mecánicamente la lucha de clases a la lucha contra las autoridades administrativas y académicas, no obstante que, por ejemplo, la reforma universitaria iniciada por Pablo González Casanova tenía en su base planteamientos progresistas, que sólo pudieron cristalizar en la creación del Colegio de Ciencias y Humanidades. Sin embargo, la inflexibilidad política de Pablo González Casanova le impidió no sólo continuar su proyecto educativo, sino también seguir al frente de la rectoría. De todas maneras, los estudiantes opusieron, a la "reforma educativa" de Luis Echeverría, vagas consignas y planteamientos abstractos cuyo rasgo común era una coincidencia estratégica: la transformación de la sociedad pasa por la transformación de la universidad, centro generador de la vanguardia revolucionaria.

Los estudiantes no han advertido, prácticamente, aunque muchos se han percatado de ello en innumerables documentos, que de ninguna manera se trata de elegir entre la vieja enseñanza liberal que todavía padecemos en la mayoría de nuestras universidades y que no tiene correspondencia con la realidad social y económica, y una enseñanza tecnocrática decisivamente vinculada a la producción, que es lo que proclaman, en esencia, tanto Echeverría como López Portillo. De lo que se trata es, sobre todo, de cambiar la finalidad de clase de la producción y de la escuela. Esto, lo sabemos, sólo se logra adhiriendo a la alternativa socialista, pero, como también lo sabemos, ésta no se encuentra a la vuelta de la esquina. Se trataría más bien, aquí y ahora, de buscar y encontrar alternativas democráticas que elevando los niveles académicos, y aun contribuyendo al crecimiento actual del país (nadie en sus cabales se puede negar a ello), configuren un formato de universidad en la que tanto los estudiantes como los egresados sean conscientes de que los problemas del país sólo se pueden solucionar por la vía del socialismo, y actúen en consecuencia. Es decir, la universidad podría ser además de crítica, una universidad revolucionaria, en la medida y el nivel que le son propios.

Posteriormente a 1968 arraigan en la UNAM y en varias universidades de provincia dos principales desviaciones izquierdistas: La primera convierte mecánicamente la lucha *dentro* de la universidad en una lucha *contra* la universidad o, cuando menos, en la lucha contra la "burguesía": el rector es el enemigo inmediato y principal, o un simple tornillo de la maquinaria burguesa.

La otra tendencia —o desviación— consiste en renunciar de hecho al trabajo de masas, a una

verdadera línea estudiantil de masas, en nombre de "la creación y organización de la vanguardia" y la creación del centro de dirección, consignas que son mágicamente presentadas a los estudiantes con el propósito de captar a los mejores cuadros de entre ellos. De hecho, unos más, otros menos, todos los partidos han caído en esta desviación oportunista.

Para ambas tendencias, lo fundamental no consiste en reestructurar desde abajo al movimiento estudiantil como movimiento de masas, sino en aprovechar cualquier coyuntura justamente para captar cuadros y crear así, desde arriba, "la dirección". La incapacidad histórica de estas tendencias para relacionar en la teoría y en la práctica los objetivos tácticos y los estratégicos, es el producto de la exacerbación de la ideología que ha perdido contacto con la realidad política, y que domina fatalmente toda su actividad.

No es, como pudiera suponerse superficialmente, que el exceso de teoría los lleve a estas posiciones paralizadoras del movimiento de masas. Es justamente lo contrario, la carencia de teoría, lo que los lleva ciegamente, de la mano, a actuar en un medio no iluminado por una reflexión teórica certera, si por teoría entendemos la actividad de la mente que abstrae, del caos que aparentemente es la realidad —en este caso la realidad política—, los datos más esenciales y la manera también esencial como se relacionan.

En lo que se refiere a la primera tendencia, son los pecados oportunistas de estos "izquierdistas" los que abren las puertas a los provocadores, si no es que ellos mismos se convierten en tales. En lo que respecta a la segunda tendencia, y para ser justos, en algunos grupos que participan en ellas, el trabajo estudiantil adquiere sentido a partir de un análisis de la situación de la universidad en la sociedad, análisis que permite definir a la capa social formada por los estudiantes como el sujeto, la base social de la que puede surgir la vanguardia revolucionaria, los intelectuales revolucionarios que "ahora sí" construirán el partido del proletariado. Sin discutir, ahora, si este enfoque es universalmente válido, o una mera extrapolación "desigual y combinada" de planteamientos surgidos en otro contexto, o más aún si en algún momento y lugar la universidad ha sido el germen fundamental de la organización revolucionaria de vanguardia, lo cierto es que la incapacidad de esta tendencia se advierte en la evolución de sus principales consignas prácticas dentro del movimiento estudiantil.

Naturalmente, existe un fenómeno de signo contrario, el de los estudiantes y profesores de izquierda que son cooptados por la burguesía y en mayor cantidad por la burocracia política. Éste es un fenómeno que siempre se ha dado y se seguirá dando, no se puede ni se debe evitar, a la

izquierda se pertenece por convicciones y no por otra cosa. Además, a este respecto, cada caso es un caso concreto y así debe tratarse, la izquierda no debe convertirse en supremo tribunal inquisidor que excomulgue a todos por igual, ni a "ultras", ni a "transados". La izquierda debe intentar esclarecerse a sí misma, apartarse tanto del sectarismo como de oportunismo.

En lo que se refiere al poder, el movimiento estudiantil creemos, debe constituirse en una fuerza política organizada cuyo centro de gravitación ha de ser sobre todo su relación en lo general, con el pueblo, y particular y muy específica mente con la clase obrera, y no su relación con el gobierno. Éste por supuesto ha de ser tomado en cuenta para apreciar la situación en su conjunto. Pero hay un hecho indudable el gobierno está separado de las masas y, de acuerdo con la estructura de poder que lo rige, no puede ser de otra manera; en cambio el movimiento estudiantil es popular por definición, y ha de llegar a ellas teniendo claridad en cuanto a la táctica y la estrategia.

Pero debemos repetir que el movimiento estudiantil debe ser calibrado siempre en el contexto de la situación que guarda el movimiento obrero, principal fuerza capaz de cambiar el rumbo de la historia en favor del socialismo. Un vez más, es éste el que en definitiva asegurará que sean un hecho las *libertades democráticas* que se pedían en el 68 que quedaron postergadas.

El movimiento sindical independiente surgido a principios de la década, con todo y que a nuestro juicio ha cometido varios errores (y que no pueden tratarse aquí porque exceden el tema) contiene una ruta que puede ser abierta para que el proletariado entre, *conscientemente*, a la historia de México. Es también, de algún modo, heredero del 68.

En los momentos de mecanografiar este trabajo, nos enteramos por la prensa de que la Tendencia Democrática se convierte ahora en el Movimiento Sindical Revolucionario, que agrupará a otros sectores del proletariado "en la perspectiva de la restructuración del sindicalismo por rama industrial" y súbitamente abandona la ideología que sustentaba, la del "nacionalismo revolucionario". Según el documento titulado "Se cierra una etapa y otra despunta", emprende el tránsito hacia el pensamiento proletario autónomo. Si esta afirmación no es meramente declarativa, como otras veces ha ocurrido, es un signo más de aliento.

Tampoco debemos engañarnos, el movimiento estudiantil en México es por ahora casi inexistente, si por movimiento entendemos, en un sentido político, una fuerza organizada, homogénea, coherente y unitaria. Pero tampoco tenemos por qué caer en el pesimismo, el movimiento estudiantil sigue siendo, potencialmente, una fuerza social y política muy explosiva. Sus propias características, que hemos intentado ubicar a lo largo de estas notas, le conceden una

flexibilidad y una excentricidad tales, que es una fuente de oposición difícilmente susceptible de ser integrada. Por ahora, el movimiento estudiantil se reduce a ser una fuerza social con sectores radicalizados. Si hemos tratado de ubicar algunas de las condiciones que debe reunir para ser un movimiento vasto y poderoso, no es con el ánimo de "enseñarle" el camino, sino de motivar a la reflexión a todos aquéllos interesados e involucrados en el problema.

El centro del movimiento estudiantil debe irradiar hacia el pueblo en general y hacia la clase obrera en particular, que es la que presta su sentido a toda reivindicación sectorial. En todo caso, lo que también ha ocurrido es que el gobierno se ha visto obligado a realizar una serie de cambios a partir de 1968, con el objetivo muy preciso de recuperar la legitimidad perdida en aquel año. Así, conceptos como el de la "apertura democrática" de Echeverría, y el de la "reforma política" de López Portillo, para no citar más que dos de los que han hecho más ruido, no pueden explicarse sin tener en cuenta lo ocurrido hace diez años.

El hecho de que el Estado tenga siempre la disponibilidad para reprimir no quiere decir que no cumpla, cotidianamente, las funciones ideológicas que le permitan subsistir como tal y crear las condiciones para refuncionalizar, día a día, los requisitos subjetivos que requiere la acumulación del capital. Sin embargo, no todas las consignas que impone son un puro mito, una mentira desnuda. El carácter populista del Estado mexicano no ha desaparecido; las concesiones son reales, aunque tropiezan cada vez más, hoy en día, con la demarcación de hierro que le imponen la crisis y la recesión que nuestro capitalismo dependiente padece.

La caída del salario real del obrero y de las clases medias, la crisis en el campo, la marginación de cada vez más vastos sectores urbanos, traducida en un desempleo generalizado, son algunos temas que deben ser motivo de preocupación para un movimiento estudiantil que de veras quiera serlo, sin actitudes mesiánicas ni paternalistas. Para serlo con objetividad teórica, debe reflexionar en serio sobre el papel que la educación está jugando en los momentos actuales. Los estudiantes deben entender que, mal que bien, los trabajadores manuales, administrativos y docentes de la mayoría de las universidades ya están organizados, y es un lugar común decir que esta realidad también es una consecuencia del 68. Ahora son los estudiantes quienes tienen la palabra.

A la permanente ofensiva ideológica del Estado, los estudiantes y la izquierda en general deben responder con una política cultural que abarque lo más posible a todos los sectores de la sociedad civil, abonando el terreno para ganar una hegemonía cultural en el sentido de Gramsci. Deben intentar, por medio del estudio y la teoría, elevarse a la categoría de intelectuales orgánicos que se

fundan con la clase obrera y demás sectores de explotados.

Estas notas no pretenden ser, de ninguna manera, un catálogo de recetas infalibles para nadie. No hay que olvidar que, a pesar de las condiciones adversas, varios sectores de estudiantes continúan luchando con esfuerzo y dignidad. Estas notas más bien pretenden localizar algunos puntos neurálgicos sobre los que se puede abrir el debate que tanta falta hace a la izquierda estudiantil. Seguramente omiten muchas cosas y hacen demasiado hincapié en otras, y esperamos que los compañeros corrijan uno y otro defectos, pues sólo así podremos ir configurando al "intelectual colectivo", sólo así podremos cobrar conciencia de que si el socialismo no está a la vuelta de la esquina, tampoco es una utopía inalcanzable, sino, en todo caso, una posibilidad histórica que para hacerse realidad depende de nosotros.

Septiembre de 1978